

# La injusticia en el arte

María Nieves García

Escritora

**E**n un mundo plagado de injusticias como el que vivimos, el hablar de una injusticia más en un terreno al parecer innecesario y parcial puede parecer rebuscado y hasta ingenuo. Mas descontando que nada de lo que atañe al Hombre es irrelevante, cuanto más en este espejo del arte, en estas zonas misteriosas para algunos, en las que sin embargo ha entrado a saco la codicia al margen de la ignorancia o la indiferencia o el desconcierto del gran público atareados, a su vez, en sus grandes o pequeñas avideces.

Los montajes en pura falacia y la especulación más absurda están a la vista de todos. ¡Y justamente cuando el arte pierde pie como tal, cuando es en los mejores casos una cábala y en los peores la sospecha de un complot!

En el Antiguo Régimen el arte servía a la Aristocracia y/o la Iglesia y únicamente a través de esta última llegaba al pueblo «para la mayor gloria de Dios». La medida de las calidades estaba a salvo, sabían ambos señores lo que era la excelencia; *aristo* y su poder enorme a través de los siglos, y naturalmente la exigían en sus subordinados o se rendían admirativos ante el genio y se tornaban en mecenas.

Más el «aristo» del academicismo más absoluto se hubiera anquilosado en las mentes de todos sin la revolución romántica del arte y toda su explosión de libertad y, en fin, «del arte por el arte».

Pero toda libertad se paga en este mundo de una manera o de otra. Los artistas sufrieron su lazarero de incompreensión y nupcias con la miseria en aquel recodo prodigioso de finales y principios de los siglos XIX y XX, ante «el Poder» que ya no eran los grandes aristócratas sino las altas burguesías industriales, más burdas y más adoradoras del dinero como único blasón. Comenzaba la gran batalla del arte libre, entre la vehemencia, la bohemia más genuina y el martirio en las primeras y auténticas vanguardias heroicas.

Los críticos, esos señores que no saben pintar ni esculpir, rechazan, desprecian, incluso se ríen del nuevo arte. Será mucho más tarde, cuando algunos artistas han muerto de hambre o desesperación — Modigliani, Van Gogh, etc. etc. O como aquella especie de eremita del arte A. Pinkhan Ryder, que decía aquello de: «El artista debe vivir para pintar, no pintar para vivir» que vivió solitario con 13 centavos diarios y dormía envuelto en una alfombra.

En fin, curándose en salud, críticos posteriores comenzaron a poner en su lugar al nuevo arte, cuando ya éste empezaba a escaparse de las manos de la comprensión general entrando en la abstracción o el «ensimismamiento».

«La expresión puramente abstracta, objetiva» y extranjera al mundo, nos dirá X. Rubert de Ventós, solo es posible desde la experiencia de la alienación y del absurdo; el verdadero «ensimismamiento» puede ser una queja, una alucinación, un grito, nunca un dato ni un proyecto. Otros dirán simplemente que el arte moderno es clara y tajantemente una transcripción filosófica del concepto del Hombre tan resquebrajado, tan difuso en estos últimos tiempos. Pero de todas formas ¿no ha ido siempre en la Historia, el Arte a la vera del Hombre y su concepto? Cuando las directrices de éste eran altísimas pues lo encaminaban hacia un destino superior y trascendente, hacia el infinito de la Divinidad, surgen ya sin los miedos del primer milenio, las pavorosamente bellas y místicas catedrales góticas. El Renacimiento será también un «estirón» del Hombre y sus valías más humanistas «acompañado también, como ha señalado Urs von Balthasar, de un crecimiento



Detalle de *La siembra*. V. Van Gogh

de la idea de Dios ante el hombre». El arte moderno en su primera etapa, la transicional, como antes hemos dicho, hace derroches de belleza libre y subjetiva; tiene todavía «áurea», como decía Walter Benjamin, porque el Hombre y su concepto más o menos ideal, es decir el artista, lucha idealmente contra la máquina que presiente nos va a robotizar a todos —Prerrafaelismo, Simbolismo, Art Nouveau, etc.

¿Sabe el genio Picasso que está creando la marca tangible de la fragmentación del concepto del Hombre en el cubismo? El desmoronamiento, «l'effritement», será progresivo y variado, pero será. Por poner otro ejemplo de los muchos que se pueden poner diremos que Francis Bacon no era más que un plasmador tardío de los salmos de Job, del Muro de las Lamentaciones y un precursor de los telediaristas de hoy mismo: Retorci-

miento del ser humano, tragedia sin paliativos.

Arte hermético, «expresión» de los seres que ya no saben o no quieren comunicarse. Minimalismo o grafismo del todovalismo moral. En fin, el arte o lo que sea lleva varias décadas jugando infernalmente con la nada, mientras se disparan las cotizaciones y el marketing hace las maravillas de rigor en Nueva York, Londres etc. A los interesados falaces hay que añadir los pedantes que, como dijera Unamuno, «son estúpidos adulterados por el estudio», que ponen etiquetas por todas partes, y no les hables de buenos, excelentes pintores figurativos sin marbete específico y sin que se haya oído su nombre miles de veces; «No somos presa de la decadencia, esa palabra que les da tanto terror a nuestros dirigentes. Las decadencias son dulces, largas y fecundas —nos dice Jean Clair, escritor

francés de arte—, son los veranillos de San Martín de las civilizaciones viejas. No, lo que se padece aquí es un colapso total». *Mais oui, mes enfants*, en el arte como en la vida nunca estuvo tan bajo el baremo de la calidad, y sin embargo ¡nunca se pagó tan caro! Si el particular no tiene dinero o no quiere gastarlo en un bodrio que ni le gusta ni lo entiende, no importa, lo pagan los Estados y sus Museos Nacionales, con el dinero del particular, claro está, mientras éste se encoge de hombros o se hunde en una de las más sombrías depresiones después de haber contemplado en un salón de exposiciones los urinarios de Gober o todo el suelo cubierto de desperdicios de otro apadrinado artista revolucionario.

¿Y si fuésemos más serios y sobre todo más profundos para ir recobrando sabiduría y Excelencia a destajo?